

GURADASCA

(Cuento de Pentecostés)

Había una vez un muchacho granjero, hijo de padres pobres. Era callado, tranquilo y trabajador. También era amable, pues si alguna vez alguien le pedía un favor, nunca decía que no.

Por estar normalmente silencioso y sobretodo escuchar con asombro antes que tuviese algo que decir los otros chicos lo llamaron "Guradasca" que significa "el boquiabierto embobado". En otras palabras una especie de simplón.

Pero esto no le molestaba demasiado a Guradasca, pues tenía ojos que hacían que se enamorasen de él las chicas, el pelo rizado y tan negro que brillaba como las plumas de un cuervo, cayendo en ondas sobre sus hombros. Cuando llevaba sus vacas a la fuente, todas las chicas echaban miradas secretas en dirección a él, y la mayoría de las veces una u otra de ellas solía ser lo suficientemente atrevida para darse vuelta a ver si él les iba a hablar. Así Guradasca iba adelante feliz con su trabajo sin importar le eso en absoluto. El estaba contento, sobretodo porque su patrón, el granjero, pensaba bien de él, y estaba extremadamente encantado.

¿Cómo era posible que las vacas que Guradasca ordeñaba, estaban más hermosas y daban mejor leche que aquellas ordeñadas por las otras manos de la granja? Guradasca parecía saber siempre dónde encontrar los pastos más ricos y allí donde sus pies pisaban , el césped se alegraba y crecía dos veces más rápido.

-¿Por qué era así? Porque Guradasca había nacido a una hora buena.

Las hadas Ursitori, las hadas del destino, que saben lo que nos está destinado, se colocaron en círculo y profetizaron que él iría muy lejos en la vida. Guradasca no tenía idea de lo que ellas habían reservado para él.

Una tarde, Guradasca llegó a un prado sembrado con flores y vio un enorme árbol frondoso en medio de él. Fue hasta el árbol y como estaba cansado, se acostó bajo su sombra. Había elegido un buen lugar; el árbol era tan alto que parecía alcanzar las nubes y en sus ramas vivían cientos de pájaros cantando y construyendo sus nidos. No bien había empezado a escuchar sus cantos, cayó profundamente dormido. Pero un sueño lo puso de repente de pie; el hada más hermosa de todas las hadas del cielo y de la tierra apareció ante él y le dijo:

-"Levántate y ve a la corte del emperador". Y después desapareció.

-"Eh, ¿qué querrá decir esto?" Gritó Guradasca.

Todo el día estuvo rompiéndose la cabeza con esto, pero en vano. La tarde siguiente fue al mismo prado y se acostó otra vez bajo el mismo árbol entre tantas flores y volvió a soñar lo mismo.

-*"Bueno, ¿quién me está volviendo loco ahora?"* gritó levantándose de un salto. Y una vez más se devanaba los sesos, pero no podía esclarecer lo que tenía que hacer.

Al tercer día, se le apareció el hada de nuevo y le amenazó con enfermedades y los más miserables tormentos si no obedecía. Así, por la noche, una vez que había atendido a los animales, Guradasca fue a su patrón y le dijo :

-*"Patrón, me ha venido el pensamiento que debo partir y probar suerte en el vasto mundo. Sé amable y págame mi sueldo."*

-*"No permitas que las abejas zumben en tu cabeza, Guradasca".*

-*"Escucha, yo conozco una chica cuya madre y padre le darán todo lo necesario para una casa como dote, y por mi cuenta añadiré algunas cosas extras. Así, podrás tener una casa y una familia, y no andar dando vueltas por el mundo."*

-*"Mi idea no es tener una casa, patrón, lo único que quiero es partir"*.

Entonces, el granjero vio que Guradasca no cambiaría de idea y por lo tanto le pagó su sueldo. Así, el muchacho salió de viaje. A su debido tiempo llegó a la corte del emperador y preguntó si necesitaban sirviente. Justo ocurría que el jardinero necesitaba un muchacho de fresca apariencia, ya que las princesas siempre le estaban retando por tomar a su servicio los muchachos más rudos y brutos que se podían encontrar en cualquier parte.

En cambio, Guradasca era ciertamente un muchacho de fina y recta figura. Pero su ropa era otra cosa: todo lo que tenía era la tosca túnica de pastor. Por lo tanto el jardinero lo puso elegante, con buenas ropas, y así cada día tenía que atar doce ramos de flores y llevarlos a las doce hijas del emperador cuando ellas salían a pasear por el jardín. A estas doce jovencitas, las hadas Ursitori, las habían hechizado desde su nacimiento. Estas hadas les habían dado un irresistible deseo de bailar, y habían ordenado que no se casarían hasta que un hombre las liberase de este deseo y pusiese amor en el corazón de una de ellas.

Cada noche, las princesas gastaban bailando doce pares de zapatillas de seda blanca y nadie comprendía cómo ocurría. Para tratar de dar fin a esto, el emperador encerraba a sus hijas en su habitación cada noche. Esta habitación tenía nueve puertas de hierro, y en cada puerta había nueve pestillos. Pero el emperador no sabía que las hadas Ursitori habían ordenado que las niñas debían bailar toda su vida si no venía nadie a romper el hechizo.

El emperador estaba preocupado en extremo. Cada pretendiente que venía a palacio era rechazado por las princesas. *¿Cuánto tiempo podría soportar este terrible gasto de tantas zapatillas de seda? ¿Estaban los corazones de sus hijas hechos de tal hielo que nunca ningún pretendiente se iría a fijar en ellas?*

Al final, anunció que el hombre que pudiese resolver el misterio y decirle dónde bailaban sus hijas por la noche, recibiría a una de las princesas como esposa.

De todas partes vinieron nuevos pretendientes: hijos de príncipes, de emperadores, de grandes y bajos nobles; uno tras otro se quedaba vigilando por la noche frente a las puertas de las doce hermanas y uno tras otro, once de ellos, simplemente desaparecieron.

Cada vez que el emperador iba impaciente por la mañana para recibir sus noticias, se

le decía que no habían sido encontrados los pretendientes que quedaban, que perdían todas las ganas de seguir vigilando y se marchaban.

Así, el emperador tuvo que seguir comprando doce pares nuevos de zapatillas de seda blanca cada día. La preocupación de que sus hijas iban a envejecer y tener el pelo gris sin haber llevado la corona de novia, pesaba más y más sobre él.

Guradasca hacía su tarea excelentemente. El jardinero lo alababa y las princesas estaban felices con sus ramos de flores. Cuando él les daba los ramos, bajaba sus ojos y frente a la más pequeña de las princesas cuyas manos eran tan blancas como la leche, se ponía rojo como un tomate.

Le hubiese gustado preguntar al emperador si podía quedarse vigilando él también ante las habitaciones de las princesas, pero temía ser echado a la calle por tal pretensión. Se dijo a sí mismo que su nariz no estaba hecha para el aroma de tan finas flores, pero a pesar de todo, su corazón se partía por amor a la princesa más pequeña.

Una noche tuvo un sueño. La misma hada del prado florido se le apareció y le dijo:

- "Ve a la esquina del jardín, que se encuentra al este del palacio. Allí encontrarás dos plantas de laurel, una de color cereza y la otra rosado. Al lado verás un rastrillo, una regadera dorada y una toalla de seda. Saca con cuidado las dos plantas y ponlas en nuevas macetas, remueve su tierra cada día con el rastrillo y riégalos con la regadera dorada. Sécalos con la toalla de seda. Cuídalos como a tus ojos, y cuando hayan alcanzado la altura de una persona, puedes pedirle lo que quieras. No te fallará"

Antes que Guradasca pudiese agradecerle, el hada había desaparecido.

Todavía medio dormido, se fue al jardín y quedó estupefacto al encontrar cada cosa tal como el hada le había descrito. Sacó cuidadosamente los plantones y los puso en macetas nuevas, removió la tierra cada día con el rastrillo, los regó con la regadera dorada y los secó con la toalla de seda. Los cuidó como a sus ojos. Crecieron como por arte de magia y en muy poco tiempo habían alcanzado la altura de un hombre. Entonces se puso ante el arbolito color cereza y le dijo:

*Dafne, Dafne, buen laurel
con el rastrillo dorado te rastrillé,
con la regadera dorada te regué,
con la toalla de seda te sequé.
Dame el poder de ser invisible
cuando lo quiera ser*

En ese momento, del árbol brotó un capullo. El capullo se hacía cada vez más grande y más redondo hasta que estalló y se abrió. Salió una flor que Guradasca nunca había visto antes. La arrancó y la guardó escondida dentro de su camisa. Esa noche tomó la flor en su mano, deseó hacerse invisible y se deslizó secretamente con las princesas cuando fueron

su habitación. Así vio que no se acostaban para dormir, sino que se peinaban el cabello, se ponían cintas, y los más hermosos atavíos. Entonces cuando estaban todas arregladas, la mayor exclamó:

-*"¿Están listas, chicas?"* y las otras replicaron:

-*"¡Listas!"*. Donde estaba la mayor golpeó suavemente el suelo y éste se abrió. Pasaron por un pasadizo escondido hacia las profundidades y Guradasca las siguió detrás. Pronto llegaron a un jardín rodeado por un muro de cobre. En el muro había una puerta de hierro, frente a la cual, la mayor golpeó otra vez con su pie. La puerta se abrió, pero cuando iban pasando por la puerta el muchacho pisó el vestido de la más pequeña. Ella se volvió y llamó:

-*"Hermanas, hay alguien detrás de mí y ha pisado mi vestido"*.

-*"No estés tan nerviosa,"* las otras le reprocharon.

-*"No hay nadie ahí. Debes haberte enganchado con un espino"*.

Fueron a través de un bosque de hojas plateadas, luego a través de otro de hojas doradas y más tarde caminaron por un bosque donde colgaban diamantes y piedras preciosas de las ramas y relucían con tanta intensidad que a Guradasca le empezaban a doler los ojos.

Detrás del bosque se extendía un lago brillante con una pequeña isla donde se levantaba un palacio de asombrosa belleza. Del palacio salían rayos de luz como el sol y estaba tan admirablemente construido que cada habitación estaba dentro de otra y cada una tenía ventanas en las cuatro paredes mirando hacia afuera a los maravillosos jardines y a las aguas del lago. En la orilla había doce barquitos y en cada uno de ellos esperaba un remero espléndidamente vestido. Las princesas embarcaron y Guradasca tomó su lugar sin ser visto al lado de la más pequeña. Las barcas comenzaron a salir remando una tras otra, pero la última se quedó rezagada.

El remero no podía comprender por qué su barca era tan pesada esa noche, y usando todas sus fuerzas, consiguió alcanzar la isla. Aquí sonaba una música tan irresistible que tenía que bailar enseguida, quisieses o no. Las notas te hacían elevarte y dar vueltas. Tan rápido como un relámpago, las chicas entraban dentro del palacio y allí estaban los once pretendientes encantados esperándolas en un salón. Era tan largo y tan ancho que no se podía ver dónde empezaba o terminaba.

Guradasca también entró, quedó boquiabierto de asombro y sus ojos casi se le salieron por todo lo que había para ver. *¿Pero sería capaz de quedarse quieto mirándolas con sus rubíes y zafiros, contemplando los pilares de oro, las cornisas y las antorchas en los estantes de plata?*

En absoluto, aquí incluso las mesas, bancos y candelabros bailaban con todos los diferentes pasos que existen: el hora, el turba, el del cinturón, el del gitano. Las muchachas jugaron al juego de la pimienta en el salón hasta que sus zapatillas estaban hechas pedazos.

Y amaneció. De repente la música paró y sirvientes vestidos de seda entraron con bandejas preparadas con los platos más exquisitos. El muchacho permaneció allí con la boca hecha agua. Cuando terminó la comida, las princesas emprendieron la vuelta a casa y

Guradasca las siguió. Así, llegaron al bosque de plata y pensó que podría romper una ramita. Tan pronto como lo hizo, pareció como si se desatase una tormenta terrible en las copas de los árboles. Pero no se movió ni una gota de aire ni una hoja. Las chicas estaban asustadas y gritaron de terror:

-¿Qué puede ser esto?

-*"Bueno, ¿qué puede ser?"* dijo la mayor con calma.

-*"Estoy segura que es el pájaro maravilla, que anida en el palacio de nuestro padre, el que va volando por entre los árboles, pues solo él puede encontrar este camino"*

Entonces las princesas volvieron a su dormitorio por el mismo pasadizo en el subsuelo.

Cuando a la mañana siguiente el muchacho del jardinero ató los ramos, escondió la ramita plateada en el ramo de la más pequeña. La princesita quedó perpleja cuando lo encontró.

La noche siguiente, ocurrió lo mismo que la anterior solo que esta vez el muchacho sacó una ramita dorada. Cuando la más pequeña encontró en su ramo la ramita al día siguiente, era como si un clavo ardiendo atravesase su corazón. Por la tarde buscó una excusa para ir a pasear y se encontró con el muchacho del jardinero y le dijo:

-*"¿Dónde conseguiste lo que escondiste en mi ramo de flores?"*.

-*"De un lugar que solo vos sabe muy bien, su alteza"*.

-*"¿Esto quiere decir que tú nos has seguido y sabes dónde pasamos la noche?"*

-*"Así es, su alteza"*.

-*"¿Cómo lo haces?"*

-*"En secreto."*

-*"Toma esta bolsa con dinero. No nos traiciones con una sola palabra"*

-*"Yo no vendo mi silencio, su alteza"*

-*"Si dices algo sobre nosotras, haré que pierdas tu cabeza"*.

Estas severas palabras salieron de su boca, pero en su corazón sentía que el muchacho estaba cada vez más presente en su corazón.

La noche siguiente, Guradasca sacó una ramita de diamante del árbol, y el ruido que causó fue tal que la mayor de las chicas tuvo que calmar de nuevo a sus hermanas. Pero cuando a la mañana siguiente, la más pequeña encontró la ramita de diamante en su ramo, pensó:

-*"El chico del jardinero tiene una mirada y una figura que se puede equiparar con cualquier hijo de emperador."*

Por la noche, confesó a sus hermanas que el ayudante del jardinero sabía adonde iban todas las noches. Se reunieron y cuchichearon cómo podrían hacerle callar, tal y como

habían hecho con los otros once pretendientes. Guradasca, sin embargo, escuchó todo lo que decían gracias a un pájaro que le susurró:

- "¡Cuidado!",

Y rápidamente se hizo invisible al escuchar acercarse a las princesas. Cuando se enteró lo que estaban planeando, fue al laurel rosado y dijo:

*Dafne, Dafne, buen laurel.
Con el rastrillo dorado te rastrillé,
con la regadera dorada te regué,
con la toalla de seda te sequé,
dame la figura y la viveza
del hijo de un emperador, de alteza.*

Del árbol surgió un brote que creció redondo, estalló y se abrió. Una flor maravillosa se abrió y Guradasca la cortó y la escondió en su camisa. Entonces su piel curtida por el sol se desvaneció y se volvió fina. Su mente se agudizó como una cuchilla y cuando se miró vio que llevaba atuendos de hijo de emperador.

Así, se presentó al emperador como pretendiente y le solicitó pasar la noche vigilando a sus hijas. Por supuesto, el emperador no lo reconoció y lo presentó a las princesas. Sólo la más pequeña se dio cuenta que era el ayudante del jardinero.

Esa noche fue llevado por el pasadizo por las chicas, y conducido al palacio. Allí bailó con ellas y los pretendientes encantados, pero tuvo mucho cuidado de no dar un paso dentro de un círculo. A la vista de tan deliciosa comida su apetito se abrió. Cuando fueron a la mesa, las princesas le dieron la bebida que lo tenía que encantar. Él levantó la copa y la bajó hacia la más pequeña diciendo:

- "¿Quieres que beba?"

Ella contestó

- "¡No bebas!"

- "Prefiero ser la esposa de un jardinero que una emperatriz sin ti".

Guradasca tiró la bebida y gritó:

- "No temáis, alteza. Nunca seréis la esposa de un simple jardinero".

Todas las hermanas escucharon dichas palabras. Tan pronto fueron pronunciadas, el salón se disipó como neblina ante el sol. De pronto brilló la luz del día y las doce jóvenes se encontraron de nuevo con los doce jóvenes en el palacio del emperador.

Éste se sorprendió tanto, que se agarró su barba con las dos manos. Guradasca se presentó ante él y le contó toda la historia de las zapatillas y del palacio encantado; entonces le pidió la mano de la princesa más joven.

Después las otras hermanas se presentaron ante el emperador con su pretendiente para que les diera su consentimiento. El regocijo general fue tan grande que no existen suficientes bocas para describirlo.

Al día siguiente de la boda del jardinero con la más pequeña, ésta le preguntó a su marido que qué había usado para romper el hechizo. Él se lo contó y como ya no quería tener ese poder sobre ella, y para que pudieran estar de igual a igual, le pidió ir con él a cortar los dos laureles y quemarlos. Y así lo hicieron.

Traducción del alemán
y aportación de Florian Busart